

á uno muy tierno y barbado
 echar una lagrimita?
 Ríome con gran consuelo,
 cuando sus ternezas miro,
 de otros que aman de suspiro,
 con mirada de cielo.
 Pues si voy á lo parlado,
 tendremos materia harta:
 ¡las necedades que ensarta
 uno que está enamorado!
 Ayer un amante orate
 mi mano alabó por bella;
 pero á cada dedo della
 le dijo su disparate.
 Otro á la mano otra vez
 dijo, fingiendo pasiones,
 que en el picar corazones
 era mano de almirez.
 Á mi boca otro menguado
 dijo (con frialdad no poca):
 «cada labio desa boca
 es un bocacé encarnado».
 Á mi pelo, sin recelo,
 dijo un calvo muy de veras,
 que para hacer cabelleras
 tenía extremado pelo.
 Díjome otro con pasión:
 «guardad esos dientes bellos,
 Serafina, que con ellos
 me mordéis el corazón».
 Y aun éstos son los mejores,
 si á oírlos te persuades,
 los que no hablan necedades
 son quien las dicen mayores;
 cuando alguno me contente,
 si le procuro escuchar,
 al punto empieza á llamar
 campo del amor mi frente.
 Luégo un divino arrebol
 mi cabello da en despojos,

luégo que mis negros ojos
 le dan dos higas al sol.
 Que porque no le hagan mal,
 cuando competirlos ves,
 dicen, que mi nariz es
 un montante de cristal.
 Mis cejas, si este ha alabado,
 son instrumento de un Dios
 desde cuyos arcos dos
 dispara, flechas, vendado.
 Si dientes, y boca aquel,
 verá el que quiera cogerla,
 suelta tanta de la perla,
 listo tanto del clavel.
 La garganta no es cuestión
 que es pasadizo de nieve
 por donde á subir se atreve
 por la boca el corazón.
 Y así, Rafaela, sabrás,
 que mi constancia te avisa
 que el que habla mal, me hace risa,
 y el que habla bien, me hace más.
 Con verlos, de su amor luégo
 se hace dueño mi desdén,
 y con oírlos, también
 vengo á triunfar de su ruego.
 No viene á ser castigarlos
 no oírlos, ni verlos jamás;
 sólo es castigarlos más
 oírlos, verlos y dejarlos.
 Daránte eternos renombres;
 ¡lindo gusto de mujer!
 D.^a MATEA. ¿Qué gusto puede tener,
 quien quiere mal á los hombres?
 A un hombre de lindo talle,
 dí, ¿quién sabe hacer desprecio
 de verle pisar tan recio
 que desempiedra la calle?
 Con recato y con decoro,
 cuando empuñan el rejón,

¿quién no cobrará afición
 á un hombre que mata á un toro?
 ¿Qué mujer no cobra amor
 á aquel que en lid concertada
 obra con la negra espada,
 y con la blanca mejor?
 Si el oírlos te da enojos,
 ¿por qué ha de ser permitido
 que eche á perder el oído
 el crédito de los ojos?
 Que mientan es más blasón
 de la que quiere y suspira,
 cuando pasa la mentira
 plaza de satisfacción.
 Al que no teme, también
 le puedes recompensar
 lo que le llega á costar
 fingir que te quiere bien.
 Los que son falsos amantes
 que no han de vengarse ves
 por mucho que hagan después
 de lo que sufrieron antes.
 Quien no te quiere ofender,
 y contigo está contento,
 de uso, y no aborrecimiento
 solicita otra mujer.
 ¿Pues por qué se ha de enojar
 el que tuyo llega á ser,
 si es una cosa querer
 y es otra cosa variar?
 El que á otra quiere después,
 que no la querrá te arguyo
 por el desmérito tuyo,
 que por su inconstancia es.
 Pero ¡cuán agradecido
 vendrá, y con mayor deseo
 el que después otro empleo
 vuelve amante arrepentido!
 Hermana, de errores tales
 ni te admires ni te asombres;

créeme, y quiere á los hombres,
 que son bellos animales.
 SERAFINA. Y de celos el dolor,
 ¿á quién no causa recelos?
 D.^a MATEA. Si no se usaran los celos,
 ¿de qué sirviera el amor?
 SERAFINA. ¡Qué! ¿tanto los quieres?
 D.^a MATEA. Sí.
 SERAFINA. De ti me vengo á cansar
 tanto, que te he de casar,
 porque me venguen de ti.
 D.^a MATEA. Agradecerte debiera
 la venganza que merezco.
 SERAFINA. Digo que casarte ofrezco;
 ¿pero hallarás quién te quiera?
 D.^a MATEA. Para que yo tome estado
 y porque vengada estés,
 bastará que tú me des
 un amante desechado.
 SERAFINA. El que adoró mi beldad,
 ¿cómo ha de poder quererte?
 D.^a MATEA. Dos mil cosas desa suerte
 suele hacer la variedad.
 SERAFINA. Ya os tomáis mucha licencia,
 y no sé cómo se atreve
 una...
 RAFAELA. Señora, las nueve.
 SERAFINA. Ya es hora de dar audiencia:
 abre, ya pueden entrar.
 RAFAELA. Ruido en la antesala escucho.
 GIBAJA. (Dentro.) Señores, la audiencia.
 RAFAELA. Mucho
 tienes hoy que despachar.
 Sale DON ROQUE.
 DON ROQUE. Ya el sol riendo hace salva
 al alba,
 puesto que trae su arrebol
 luz del sol;
 la aurora que el campo dora
 ríe y llora;

y yo en tiniebla esto ahora
en vuestra luz salgo á ver,
reír, llorar y amanecer
al sol, al alba y la aurora.

Sale DON MARCOS.

DON MARCOS. Ya produce matizado
el prado;
ya corre más diligente
clara fuente;
brota la rosa olorosa
más golosa;
y yo, Serafina hermosa,
sólo en veros, salgo á ver
producir, brotar, correr
la fuente, el prado y la rosa.

Sale DON GONZALO.

DON GONZALO. Ya más sonora y suave
canta el ave;
sin nubes, sin niebla fría
nace el día;
calma el viento más atento
en su elemento;
yo, que ni uno ni otro siento,
salgo á veros por mirar
cantar, nacer y calmar,
el ave, el día y el viento.

RAFAELA. ¡ Otro estilo desde ayer!
Amor los va mejorando.

SERAFINA. Señores amantes, ¿ cuándo
acabó de amanecer?
Ya es mediodía y querría
ver tan agudos talentos:
troven esos pensamientos
si pueden al mediodía.

Sale DON PABLO.

DON PABLO. Abrásase haciendo salva,
el alba;
vencido con tu arrebol,
huye el sol;
la aurora herida se ignora

dónde llora;
y aunque es mediodía ahora,
abráseme ó no, he de ver.

TODOS CUATRO. Herir, abrasar, vencer
al sol, al alba y aurora.

Sale GIBAJA.

GIBAJA. (*Ap.*) Digo que la licioncilla
ha sido extremada cola,
y que están otros los cuatro;
así quiera ella estar otra.

SERAFINA. Llegad, don Pablo.

GIBAJA. (*Ap.*) Valor;
habladla muy descollado,
sin lugar.

DON PABLO. Yo soy soldado
de la milicia de amor;
que me embarqué signífico,
rompiendo espumas y famas
por el Golfo de las damas,
á la India de Puerto-ríco.
No merecí que admitieras
los deseos de servirte,
aunque para persuadirte
tomé puerto en las Terceras;
mal herido en tu escuadrón,
donde me llevé la palma,
saqué una herida en el alma
y ótras en el corazón.
Otros mil servicios dejo,
y sólo que estimes pido
el tiempo que te he servido.
Retiraos, que estáis muy viejo.

SERAFINA. Siempre esperé premio igual.

DON PABLO. Oigan, ¿ que ha hablado en romance?

SERAFINA. Señora, el favor alcance

DON PABLO. que pido en el memorial,
pues ya no soy de provecho.

SERAFINA. El memorial se verá.

DON PABLO. Vedlo luégo.

SERAFINA. Bien está.

- GIBAJA. *(Ap.)* Famosamente lo has hecho.
 SERAFINA. Este amante lo habla bien,
 con más prudencia y respeto.
 GIBAJA. El desdén le ha hecho discreto
 SERAFINA. Enseña mucho el desdén;
 y vendrá á parar su ruego
 en que le haga algún favor.
 GIBAJA. Ea, llegad sin temor.
 RAFAELA. Llegad, don Marcos.
 DON MARCOS. Ya llego;
 no huye quien de vos espera
 lograr felices trofeos.
 que el despedir los deseos
 es soberbia muy grosera.
 No quise amar, pero amé;
 vencer quise, y me rendí;
 para ver la luz nació:
 yo ví la luz, y cegué.
 Agradeced al que muere,
 quejoso, aunque no ofendido,
 que es la queja del herido
 lisonja para el que hiere.
 Ya contenta el alma llega
 á no ver lo que miró,
 quien la luz examinó
 victoriosamente ciega;
 mas para templar mi mal,
 sólo pido...
- SERAFINA. ¿Qué queréis?
 DON MARCOS. Que el premio sólo me deis
 que pide este memorial.
 Ya le veré.
 SERAFINA. *(Ap.)* No va malo.
 GIBAJA. Otro hombre el podrido está.
 RAFAELA. Esperanzas pedirá.
 SERAFINA. Llegad, señor don Gonzalo.
 RAFAELA. Llegad, señor don Gonzalo.
 DON MARCOS. ¿Hablé á vuestro gusto?
 GIBAJA. Sí;
 bien lo dijistes los dos.
 DON MARCOS. Dadme licencia, por Dios,

- para pudrirme de mí.
 DON GONZALO. Pues yo, hermosa Serafina...
 GIBAJA. En hablar culto trabaje.
 DON MARCOS. Mas que se le va el lenguaje...
 GIBAJA. ¿Dónde?
 DON MARCOS. Á la jacarandina.
 DON GONZALO. Un amor tengo que es mengua.
 GIBAJA. *(Ap.)* De que hable bien desconfío.)
 que lo errasteis.
 DON GONZALO. *(Ap.)* Señor mío,
 no me vayan á la lengua.)
 Digo, que estaba fiado,
 quien adora el que confía... *(Turbado.)*
 Perdonadme, reina mía,
 que esto es poco y mal hablado.
 SERAFINA. De ver á un hombre me espanto,
 que tenga turbación tal.
 DON GONZALO. Señora, este memorial
 dirá esto y otro tanto,
 pensamientos como el hilo
 de delgados os dirá.
 SERAFINA. ¿Aún dura?
 RAFAELA. Amor no podrá
 enmendar un bajo estilo.
 DON GONZALO. En él veréis el empeño
 en que entra mi amor fiel;
 todo lo que digo en él,
 cierto que es cosa de sueño.
 SERAFINA. Esta noche, sin enojos,
 sobre él espero soñar.
 DON GONZALO. Eso es querer acertar
 mi deseo á cierra ojos.
 DON MARCOS. *(Ap.)* Que no puede más recelo.
 GIBAJA. Mil necedades ensartas.
 DON GONZALO. Callen barbas y hablen cartas.
 SERAFINA. Pues venga el memorial.
 DON GONZALO. Helo.
(Dale el memorial.)
 DON MARCOS. Una y otra necedad
 habéis dicho, vive Dios.

GIBAJA. Don Roque, enmendadlo vos.
 RAFAELA. Señor don Roque, llegad.
 DON ROQUE. Llegue mil veces felice,
 aunque temeroso llegue,
 amante, que á conquistar
 un imposible se atreve.
 Yo huí del fuego que arrojan
 dos dulces ojos ardientes;
 ¿cuándo no logró centellas
 aquel que en la piedra hiere?
 Pero el osado y amante
 dificultades emprende,
 no se vence lo rendido,
 lo inexpugnable se vence.
 Bueno va.

GIBAJA. Demonio es.
 DON GONZALO. No se perderá por este.
 SERAFINA. Verdad dice mi deseo.
 DON ROQUE. no finge amor, porque teme
 que á filos de una mentira,
 una verdad se ensangrienta.
 ¡Oh, si el dueño á quien adoro
 el alivio permitiese
 del llanto á los ojos míos,
 porque en líquidos corrientes
 destile mi sentimiento!
 Que porque le oigas decente,
 es la lengua muy grosera
 y son ellos muy corteses.
 ¿Quién os quita que lloréis?
 DON ROQUE. Á mí nadie.

GIBAJA. (Ap.) Que se pierde;
 enmendadlo vos, don Marcos.
 SERAFINA. Pues llorad.
 DON MARCOS. Si le sucede
 lo que á mí, ¿cómo podrá,
 pues mi dueño ingrato quiere,
 que sangriento su desdén
 en todo mi amor se bebe?
 SERAFINA. ¿Pues cómo os impide el llanto

lo que queréis?
 DON MARCOS. Desta suerte:
 del agua del llanto es
 el corazón arca débil
 de tres llaves, y desta arca
 son los dos ojos dos fuentes.
 Una llave tiene amor,
 y otra llave el dolor tiene,
 y como es tesoro real
 el llanto, para que quede
 con seguridad, se da
 otra á la crueldad más fuerte.
 La llave de la crueldad
 tenéis vos, y cuando quiere
 abrir el dolor, procura
 abrirla, pero no puede.
 No puede tampoco amor
 abrir, aunque abrir pretende;
 pues dolor y amor, ¿qué importa
 que una y otra llave prueben,
 si no quiere la crueldad,
 siempre obstinada y rebelde,
 ni que mi dolor se alivie
 ni que mi amor se consuele?

DON GONZALO. (Ap.) En el pico de la lengua
 lo tuve.

DON ROQUE. (Ap.) El hombre es prudente
 GIBAJA. (Ap.) Remediólo.
 DON ROQUE. El memorial
 os ofrece un pretendiente (Dale el memorial.)
 del amor; y así, si habéis
 de consultalle, leelde.

SERAFINA. Una cosa por los cuatro
 he de hacer.

DON ROQUE. ¿Qué?
 SERAFINA. Que no os cueste
 desvelos la dilación,
 y estando todos presentes,
 todos cuatro memoriales
 despacharé de una suerte.—

Lee tú este memorial, *(Dale uno á doña Matea.)*
 Matea; y tú lee éste, *(Dale otro á Rafaela.)*
 Rafaela; y tú, Gibaja,
 lee este. *(Dale otro á Gibaja.)*

RAFAELA. ¿Qué es lo que quieres?
 SERAFINA. Leerlos todos á un tiempo
 y que á un tiempo los decrete.
 Leed.

TODOS. *(Leen.)* «Don Marcos desea,
 puesto que no le queréis,
 que por esposa le deis
 á vuestra hermana Matea.»

SERAFINA. ¿A Matea?
 DON MARCOS. Sí, señora.

SERAFINA. ¿Y ese?
 RAFAELA. Lo mismo pretende
 don Pablo.

D.^a MATEA. Y don Gonzalo
 pide lo mismo por éste.
 Y ese ¿qué pide?

SERAFINA. Lo mismo.

GIBAJA. No es posible.

SERAFINA. Lee.

MATEA. Lee.

RAFAELA Y GIBAJA. Lee.

SERAFINA. ¡Qué equívocos eran todos
 los fingimientos corteses!
 DON PABLO. Yo dije que el memorial
 diría lo que pretende
 mi deseo.

DON MARCOS. Al memorial
 trasladé voces decentes.

DON GONZALO. Yo fundé en mi memorial
 mi pretensión.

DON ROQUE. No te ofende,
 quien herido del desdén
 la medicina apetece.

SERAFINA. *(Ap.)* Eslabones sus palabras
 en mi corazón ardiente
 sacan menudas centellas;
 muchas son, pero aún no prenden.

GIBAJA. *(Ap.)* Aún no ha obrado la purguilla,
 mas polvos de celos tiene.

SERAFINA. ¿De suerte, señor soldado
 de amor, que servisteis siempre
 de Matea en la milicia,
 y que era aquella prudente
 metáfora por mi hermana?

DON PABLO. Perdonad que lo confiese.

SERAFINA. ¿La aurora, el alba y el sol,
 el prado, la rosa y fuente,
 el arca del corazón
 con las tres llaves que tiene
 amor, dolor y crueldad,
 y otros requiebros más verdes,
 ¿por ella eran?

DON MARCOS. Sí, señora.

SERAFINA. ¿Es así?

DON ROQUE. No hay quien lo niegue.

DON GONZALO. Yo testigo.

SERAFINA. ¿Vos, don Marcos,
 no confesasteis mil veces
 que adorabais mi hermosura?

DON MARCOS. Y porque yo la confiese,
 ¿cuándo oyó vuestra constancia
 de mi amor ruegos decentes?
 Mil veces confesaré,
 que el que á esas manos se atreve,
 toma el cielo con las manos;
 y el que esas mejillas viere,
 bien verá que no podéis,
 por tristeza ó accidente,
 poner sobre la mejilla
 la hermosa mano de nieve,
 porque ella no se derrita
 ó porque ellas no se hielen.
 Pero como yo he dejado
 que mi inclinación me fuerce,
 me lleva mi inclinación
 á otro dueño; haced que premie
 vuestra hermana mi deseo,

- porque no será decente
que se descubra el dolor
y la herida se cautele.
- SERAFINA. Vos, Matea, ¿qué decís?
D.^a MATEA. Que me ofrecistes dos veces
darme esposo y darme dueño
como haya quien me desee;
y puesto que hay quien me quiera,
que cumplas lo que prometes.
¿Y á cuál eliges?
- SERAFINA. Si acaso,
DON GONZALO. don Gonzalo te merece...
(Todos ruegan á Matea.)
- DON MARCOS. Si agradeces mi elección...
DON ROQUE. Si una constancia agradeces...
DON PABLO. Si una inclinación se premia...
D.^a MATEA. Los memoriales...
RAFAELA. ¿Qué quieres? (Pónese grave Matea.)
D.^a MATEA. Decretarlos.
RAFAELA. (Ap.) Ya se entona.
GIBAJA. Estos son.
D.^a MATEA. ¡Gran paso es este!
Don Marcos, oid.
- SERAFINA. Primero,
dejad que yo los decrete. (Quítaselos.)
¿Cómo, villanos?
- DON MARCOS. Señora...
SERAFINA. ¿Segundo dueño prefieren
delante de mi hermosura
vuestras pasiones alevés?
¿Cómo, traidores...
(Ap.) Pegó.
- GIBAJA. ¿En la corte de amor puede,
SERAFINA. si amor se pierde por niño
vuestra urbanidad perderse?
Idos, don Marcos.
- DON MARCOS. No sea
mi dueño quien me desdène,
que no me ofende tu enojo.
- D.^a MATEA. Don Marcos, volved á verme.

- SERAFINA. Idos, don Roque.
DON ROQUE. ¿Y qué hará
quien adora y quien padece?
D.^a MATEA. Yo haré que no padezcáis.
SERAFINA. ¿Qué aguardáis?
DON PABLO. Á que me dejes...
DON GONZALO. Que consientas...
SERAFINA. Idos luégo.
DON PABLO. Que el que ama...
DON GONZALO. Que el que padece...
D.^a MATEA. Yo me acordaré de entrambos.
SERAFINA. ¡Que esto escuche!
DON PABLO. Si te ofende...
SERAFINA. No me habléis más.
DON GONZALO. Si te agravia...
SERAFINA. Calla ó te daré la muerte.
D.^a MATEA. Señora, el ser más dichosa
no te hace...
SERAFINA. Traidora, vete.
RAFAELA. Mira bien...
SERAFINA. Calla, villana.
GIBAJA. Advierte...
SERAFINA. Todos me dejen.
DON MARCOS. (Ap.) Mejoróse mi fortuna.
DON GONZALO. (Ap.) Ándallo.
DON MARCOS. (Ap.) Padezca.
DON ROQUE. (Ap.) Pene.
SERAFINA. Criad segundas en casa.
D.^a MATEA. No hay belleza como suerte.
GIBAJA. Salte el huevo.
DON PABLO. Pague en celos
lo que ofendió con desdenes.
SERAFINA. Presto los hombres olvidan.
DON MARCOS. Presto las mujeres quieren.
SERAFINA. ¡Mujeres, lo que hombres son!
DON MARCOS. ¡Hombres, lo que son mujeres!
D.^a MATEA. De hoy más he de ser feliz.
GIBAJA. Salió mi ardid como siempre.
SERAFINA. Á morir me voy de enojo.
DON MARCOS. Voy á podirme dos meses.

D.^a MATEA. Á estimar mi suerte voy.
 DON ROQUE. Voy á consolarme adrede.
 DON GONZALO. Voy á hacer lo que yo sé.
 DON PABLO. ¡ Ah, qué lugar se me ofrece!
 SERAFINA. Mujeres, todos los hombres
 son unos.
 DON PABLO. Unas son siempre
 todas las mujeres, hombres.
 SERAFINA. Son traidores.
 RAFAELA. Son alevés.
 DON MARCOS. Adoran aborrecidas.
 DON PABLO. Adoradas aborrecen.
 SERAFINA. ¡ Mujeres, lo que son hombres!
 DON GONZALO. ¡ Hombres, lo que son mujeres!

JORNADA TERCERA.

*Salen RAFAELA y SERAFINA, medio desnuda, el cabello
 tendido.*

SERAFINA. En fin, ¿ no quieres dejarme,
 Rafaela?
 RAFAELA. Señora, no,
 que estás con el crecimiento.
 SERAFINA. Vete, y déjame, por Dios,
 morir á solas.
 RAFAELA. Señora,
 yo te he cobrado afición, *(Paseándose las dos.)*
 aunque criada, y no quiero
 que te mueras sin doctor.
 SERAFINA. Vete, que sólo en mi queja
 tiene alivio mi dolor.
 RAFAELA. Mira que te puede dar
 sobre una imaginación

un suspiro; ¡ Dios nos libre!
 ¿ Y mataráme?
 RAFAELA. ¡ Pues no!
 ¿ Pues de qué murió la amante
 de Teruel? Deso murió.
 SERAFINA. Pues mis suspiros escucha.
 RAFAELA. Así hablarás.
 SERAFINA. Es error,
 porque nunca fué palabra
 el suspiro, con ser voz.
 RAFAELA. Los suspiros nunca supe
 de la calidad que son;
 porque á unos causan alivio,
 pero á otros desazón.
 Uno muere de un suspiro,
 otro dél convaleció,
 es triaca y es veneno,
 es alivio y es pasión.
 Yo no entiendo á los suspiros.
 SERAFINA. ¿ No has visto á una misma flor
 que un viento la reverdece
 y que otro la marchitó?
 Es que aquel viento que sopla
 las calidades tomó
 de la tierra donde nace;
 y así, aquel viento ó vapor,
 si es seco, abrasa la rosa;
 y si es húmedo, la oreó.
 El suspiro que del cuerpo
 se origina, ¿ quién dudó
 que el corazón nuestro alienta?
 Pero aquella exhalación
 que se levanta del alma,
 como es su fuego veloz,
 obra con las calidades
 de fuego en el corazón.
 Corazón y flor, ejemplo
 te darán, pues son los dos:
 ella, un corazón del campo
 y él, de la vida una flor.